

SAN IGNACIO DE LOYOLA Y MIGUEL ANGEL

GIOVANNI PAPINI

(Traducción: Carlos Goena)

Cuando San Ignacio llega a Roma en 1536 con sus primeros compañeros para ponerse al servicio de la Iglesia y del Papa, se le concedió la iglesia de Santa María de la Strada, junto al Campidoglio, a la que se añadió, más tarde, la de Sant'Andrea della Fratta. Pero la actividad romana de los primeros jesuitas fue creciendo rápidamente, especialmente después de la aprobación que Pablo III concedió a la Compañía en el año 1544; en el 1550 el Papa Julio III, aprobó la idea de levantar una nueva iglesia de grandes dimensiones, junto a la casa generalicia: la que vino a ser la iglesia de Gesù.

Se pidió el proyecto a Nanni di Baccio Bigio, florentino, que hasta su edad madura había sido escultor —había hecho, entre otras, la estatua de Clemente VII en el sepúlcro de Santa María sopra Minerva— pero que, animado por Antonio da Sangallo el joven, se dedicó, después, a las obras de arquitectura, resultando más mediocre que en su primera actividad artística. Nenni hizo un proyecto, pero, por varias razones, no se pudo realizar enseguida. Cuando en 1554 el riquísimo cardenal Bartolomé de la Cueva, protector de la Compañía de Jesús, se comprometió a hacer construir la nueva iglesia, corriendo él con los gastos, descartó el proyecto de Nanni Baccio Bigio, quizá porque le pareció demasiado sencillo y pobre para su magnificencia, y pensó en dirigirse al más célebre artista que había entonces en Italia: Miguel Angel.

Este, aunque anciano de casi ochenta años y bastante ocupado por las obras de San Pedro, no rechazó la invitación del cardenal y se puso activamente al trabajo para llevar adelante los proyectos del majestuoso templo que el Fundador de la Orden quería levantar a Jesús.

Los padres Jesuitas se alegraron muchísimo de ello y en seguida divulgaron la hermosa noticia. Polanco, fiel secretario de San Ignacio, escribía a Salmerón el 10 de junio de 1554: «Cuanto a nuestra iglesia, ha ido a ver el lugar el Maestro Michel'Angelo escultor y tiene el cuidado de hacer el modelo de modo que presto, con la ayuda de Dios, se comenzará a construir». Lo mismo escribía Polanco a Nadal el 15 de junio: «Y hase también procurado que sea architecto Michel Angelo, que es el más célebre hombre que agora ay, ay por ventura muchos años ha, en estas partes». Y escribía nuevamente a Nadal el 21 de junio, confirmando la noticia.

El mismo San Ignacio estaba contento de saber que Buonarrotti atendía a tales obras. Así escribía a Diego Hurtado de Mendoza el 21 de julio de 1554: «La yglesia yrá aora más adelante... tomando cargo de la obra el más célebre hombre que por acá se sabe, que se Michel Angelo (que también tiene de la San Pedro) y por devoción sola, sin interés alguno, se emplea en ella».

Son notables las últimas palabras en estas líneas del gran santo, testimonio de la piedad y caridad del anciano Miguel Angel: «por sola devoción, sin ningún interés». El Maestro, pues, había dicho a San Ignacio que no quería ninguna recompensa por su obra: la haría por el amor de Dios.

Es cierto que en este tiempo Miguel Angel tuvo ocasión de encontrarse con Loyola y de tratar con él. ¿Qué palabras dirían aquellos dos grandes espíritus? ¿Qué impresión habría hecho el octogenario florentino, ya totalmente ocupado en el pensamiento de Cristo y de la muerte, al antiguo caballero vasco, tan ardiente y activo por la mayor gloria de Dios?

Diversos, y en algunos aspectos opuestos, eran los dos hombres. Uno venía de la burguesía de una ciudad mercantil y se había formado en la devoción neoplatónica al servicio de la belleza; el otro procedía de la nobleza militar de Guipúzcoa, impregnada aún de espíritu medieval, donde las novelas de caballería y las vidas de los santos, el Amadís y la *Leggenda Aurea*, se fundían en la fantasía apasionada de guerreros prontos a servir con igual fidelidad al Rey Católico y a la Reina del Cielo. Pero Buonarrotti y Loyola eran, en otros aspectos, más cercanos de lo que a primera vista puede parecer. Miguel Angel podía haber oído algunos de los sermones de los primeros Jesuitas —su iglesia no estaba muy distante de la casa de Macel de'Corvi— y debe haber vuelto a encontrar, en aquella severa e impetuosa elocuencia, un eco de las llamadas a la penitencia y a la reforma interior que su Savonarola había hecho oír, conmoviéndolo, en su primera juventud. Con el paso de los años Miguel Angel había sentido, de modo cada vez más trágico, el terrible compromiso del bautismo y de la salvación: algunas de las poesías de su vejez rimaban con los conceptos más profundos de la piedad ignaciana.

San Ignacio, totalmente poseído por sus sueños de igualar a San Francisco, de rescatar el Santo Sepulcro, de ofrecer un nuevo ejército de soldados animosos a la Iglesia amenazada de herejía, no se había preocupado del arte: nunca había querido que un pintor lo retratase. Pero era, en espíritu, un artista y, a veces, un poeta. Sus Ejercicios Espirituales hacían una llamada a la imaginación, invitaban a la evocación cuasi pictórica y plástica de la figura y de la vida del Salvador; estaban concebidos, en ciertos momentos, como imágenes vivas y concretas, como pinturas mentales.

No es imposible, pues, que Miguel Angel, haya hablado a San Ignacio —ya célebre en Roma como despertador de almas—, de su religioso tormento, y que San Ignacio haya hablado a Miguel Angel de su arte. Cuando Loyola, en el año 1538, bajó de Venecia a Roma, Buonarrotti estaba pintando el Juicio Universal; es bastante probable que el Fundador de la Compañía de Jesús lo hubiera visto y admirado cuando, en 1541, fue descubierto el terrible fresco.

Los dos gigantes al servicio del Eterno deben haber tratado, sobre todo, de la nueva iglesia. Miguel Angel hizo bastante pronto el proyecto y modelo, porque el 6 de octubre de 1554 San Ignacio, junto con el Cardenal de la Cueva y otros personajes, pudo asistir a la colocación de la primera piedra. Sabemos por el P. Polanco, presente en la ceremonia, que el arquitecto bajó al foso para colocar con sus mismas manos la piedra: «Descendió a los cimientos para asentar la piedra». Aquel arquitecto no podía ser otro que Miguel Angel, autor del proyecto, y no un simple contraamaestre. El Maestro, que hacía aquel trabajo «por sola devoción», quiso cumplir por sí mismo, no obstante el peso de los años, aquel gesto piadoso, confiado, ordinariamente, a un simple albañil.

Pero, desgraciadamente, la iglesia del Gesú no pudo ser construída según el modelo ideado por Miguel Angel; surgieron nuevas dificultades por la oposición de algunos nobles propietarios de los palacios vecinos —Altieri y Muti— y Loyola abandonó la empresa que solamente algunos años después de su muerte fue llevada a término con los diseños de Vignola. Hasta ahora no se ha encontrado ningún resto de los diseños de Miguel Angel.

También, ésta, es una de tantas obras perdidas de Miguel Angel. Pero no es difícil, teniendo ante los ojos las creaciones de su genio de arquitecto, reconstruirla en la fantasía. Ciertamente hubiera sido más austeramente sencilla, menos suntuosa, menos sobrecargada de mármoles y adornos que la que hoy se ve como obra admirable de la arquitectura barroca, pero no conforme con el primitivo espíritu de ascética pobreza del primer General de los Jesuitas.

Otro nombre une en nuestro recuerdo a San Ignacio y Miguel Angel: el de Jacobo del Conte, pintor florentino, del que hemos ya hablado a propósito de su chismosa y calumniosa ingratitud.

Cuando murió San Ignacio el 31 de julio de 1556, sus compañeros se apresuraron a llamar a la celda, donde todavía yacía su padre, a Jacobo del Conte para que lo retratase. Y, así, la única imagen auténtica de Loyola, fue pintada por la misma mano que nos ha conservado, también, la de Miguel Angel.

NOTA:

El presente artículo ha sido enviado por D. Junto Gárate desde Argentina y está tomado de la obra de Giovanni Papini: *Vita di Michelangiolo nella vita del suo tempo*. Arnoldo Mondadori Editare. Genova 1964, y ha sido traducido por el P. Carlos Goena, S. J.